

Cantando La Filastrocca Della Bruscata.

Autora: Graciela Alvarez Perretta.

En una apacible tarde de primavera, una suave fragancia a lavanda envolvía el ambiente, mientras María Luisa cantaba:

“teng na fame, na sete, nu sonno
na devolezza che va cadendo
ma se passasse mi amore pur torno
mi passa la fame, la sete, lu sonno”

Al mismo tiempo preparaba ,sobre una mesa de gruesa madera, pequeños atados de lavanda recién cortada de su jardín, luego colocó cada uno dentro de una bolsita de lino con flores bordadas por ella, se dirigió a su dormitorio y mientras ponía las bolsitas con rico perfume entre la ropa del ropero, detuvo su mirada en una caja de latón que se encontraba sobre un estante al lado de unas camisas blancas , la tomó y la llevó consigo apretada contra su pecho caminando unos pocos pasos hasta su cama. Se sentó poniendo la caja sobre su falda, la abrió delicadamente, y comenzó a extraer de su interior cartas, fotos, papeles, y un pasaporte, con hojas amarillas por el paso del tiempo, en él se podía ver su foto y leer sus datos personales : Maria Luisa Fittipaldi, italiana, nacida el de 1865 en Francavilla Sul Sinni, Potenza, casada con Domingo Antonio Perretta, en él también figuraba un sello de la Oficina Argentina de Inmigraciones con fecha 22 de diciembre de 1887. Al leer esta fecha inmediatamente suspira, ya habían pasado treinta años desde que se fue de su pueblo, eligió al azahar algunas fotos se quedó mirando detenidamente una postal antigua con una foto de Francavilla que su hermana le había enviado para una navidad, y comenzó a recordar... ..María Luisa vivía en el pueblo de Francavilla con sus padres y con su hermana Mariana. En una alegre tarde de carnaval, como todos los años, Antonio Perretta con un grupo di amici mascherati giravano di casa in casa, cantando canciones acompañados por instrumentos musicales como el organetto, el cupi cupi y le zampogne, y los dueños de casa les convidaban con noci, fichi secci, vino. Cuando llegaron cantando a la casa de los Fittipaldi, el padre, como era de costumbre, les abrió la puerta invitándolos a pasar. Al entrar a la sala, Antonio se encontró con María Luisa que estaba más linda que nunca, y quedó flechado, no podía dejar de mirarla mientras bailaban.

Su noviazgo duró solo un año, estaban muy enamorados y decidieron casarse. Juntos se fueron a vivir a la casa de los padres de Antonio en “La

Bruscata”, a unos 8 kms. del pueblo. Allí comenzó a trabajar en el campo, al principio tenía miedo porque en la zona boscosa de la montaña se podían encontrar lobos, sabía de una antigua creencia que decía que una se podía quedar muda para siempre si se asustaba al ver a un lobo, esta desgracia se podía evitar de una sola forma, como le decía su esposo Antonio: -“ si encontrás un lobo/cuando encuentres un lobo, tenés que rápidamente morderte un dedo de una mano y passare l'altra mano tra le gamba, cosí si scongiura di rimanere muto dalla paura del lupo”.

En la montaña María Luisa, junto a su suegra y a su cuñada, cocinaban el pan en el horno propio de la casa, mientras que en el pueblo eran pocas las casas con hornos, entonces el que tenía uno generalmente cobraba en dinero o especie el uso del mismo, así varias mujeres utilizaban el mismo horno cada una hacía una marca distinta en la masa del pan para luego identificar el suyo. A pesar de la escasez de agua que tenía la región, en la Bruscata tenían la suerte de poder beber agua fresca y natural durante la primavera y el verano, porque a poca distancia se encontraban aguas surgentes de la montaña. Antonio, parte del día trabajaba en el bosque cortando madera que vendía en el pueblo a los artesanos para la fabricación de muebles. Allí vivían una vida simple y de trabajo, cultivaban una huerta que en el verano les brindaba verduras. También criaban un maiale que en diciembre por tradición mataban para preparar le provviste per l'inverno, en un costado de la casa tenían algunas gallinas ,ovejas y cabras, en ese entonces la familia todavía seguía contando o narrando la historia del brigante Giuseppe Antonio Franco que con cinco integrantes de su banda, habían entrado el 27 de abril de 1862 a la casa matando a varios animales domésticos, finalmente Franco fue atrapado, juzgado y sentenciado por todos los delitos que cometió, a pena de muerte por fusilamiento el 30 de diciembre de 1865.

La vida en la Bruscata era tranquila, seguían en familia las tradiciones. María Luisa a los dos años de casada tiene a su primer hijo, Felice. Como era habitual en esa época, da a luz en una casa de la familia en el pueblo de Francavilla, en Vico Foscolo; la mujer que vivía en la montaña, generalmente tenía el parto en el pueblo. Los primeros meses temía perder la leche y no poder amamantar a Felice, si esto sucedía era difícil conseguir leche para alimentar al bebé.

La situación económica empeoraba con el correr del tiempo, lo que producía la tierra en La Bruscata no era suficiente para mantener a toda la familia, escaseaba el trabajos, y siempre estaba presente el temor a contraer la malaria. La alimentación era cada vez más pobre, muchos hombres iban a trabajar al campo con solo un pedazo duro de pan como único alimento, a veces untado con oleo y sal. Ante este panorama gris, Antonio decide emigrar,

tenía noticias de varios paisanos que estaban viviendo en Buenos Aires, allí tenían trabajo, y progresaban poco a poco. A María Luisa le costó tomar la decisión de acompañar a su marido en esta “aventura”, sabía que era para siempre, pensó hablándose a sí misma como para convencerse: “Muchos hombres se fueron solos dejando a su familia aquí y nunca volvieron, los hijos crecieron sin padre, y con una madre que tuvo que administrar la pobreza “. Veía cómo la emigración estaba deshaciendo familias, y recordaba que hacía unos años atrás, mujeres de diversas comunas habían emigrado solas a Egipto contratadas por familias inglesas quienes las reclutaban como nutricia, qué situación de hambre y pobreza estarían pasando para abandonar a sus hijos y a sus maridos yéndose a Alejandría o al Cairo.

María Luisa Fittipaldi y Antonio Perretta junto con su hijo Felice dejaron Francavilla en 1887, como lo hicieron 109 personas en ese mismo año. En la familia fueron los primeros en emigrar, después tomarían esta misma decisión una hermana de Antonio que también se llamaba María Luisa quien se fue a New York, y un primo de María Luisa quien se dirigió a Brasil, y cuyo descendiente fue el famoso corredor brasilero de autos llamado Emerson Fittipaldi.

El día anterior a la partida se despidió de la familia Perretta, y bajó de La Bruscata con su marido y su hijo, en una carreta cargada con todo el equipaje, una valija grande, varios bolsos, y una canasta con pan, queso, salumi, prosciutto, salsiccia y castañas, toda comida para el viaje. Ese día se quedaron en la casa del pueblo en Vico Foscolo, fue un día de muchas lágrimas, de despedidas. Su madre y su hermana Marianna la acompañaron a la Chiesa madre, allí rezaron a los santos San Felice y San Policarpo. La madre le regaló una estampita de la Madonna de Pompei, y le dijo: “Esta virgen te va a proteger en la vida, cuando le reces pensá en todos nosotros.” A esta estampita la conservó como un tesoro durante toda su vida, actualmente está en manos de una nieta suya.

Era un día frío de diciembre, se avecinaba el invierno, había llegado el momento de partir, los amigos y parientes se reunieron en la puerta de su casa para despedirlos.

María Luisa, Antonio y Felice en brazos, se fueron por las angostas calles de Francavilla, mientras se alejaban escucharon las campanas de la iglesia. Por delante tenían un largo camino hasta el puerto de Génova, y una gran incertidumbre sobre el futuro de sus vidas.

Cansados del viaje llegaron a Génova, en el puerto había mucho movimiento de gente que hablaba distintos dialectos. Ellos se mantuvieron unidos al grupo de personas que venía de la región Basilicata. Pasaron la noche en un alojamiento para emigrantes, compartiendo con otras familias un

cuarto oscuro con olor a humedad, pasando frío y comiendo solo la comida que ellos llevaban. A la mañana siguiente comenzaron a realizar los trámites, para ellos inciertos, con el fin de poder embarcar. María Luisa observaba los rostros de cansancio, tristeza e incertidumbre de la gente mientras hacía la cola para la revisión médica. Su hijo Felice de solo 1 año estaba con mucha tos y fiebre, entonces por un instante pensó: “¿y si no nos dejan embarcar?, el temor por la incertidumbre y el desconocimiento estaban siempre presente. Respiró con alivio cuando les dieron la aprobación médica, inmediatamente al salir de la” oficina médica” pasaron a un saloncito, de pronto María Luisa escuchó el grito de mujeres, se preguntó ¿¿¿ qué está sucediendo???, ante su asombro observó a una mujer de pelo ondulado, largo y suelto que estaba sentada en un banquito y atrás de la misma, una mujer de pie, vestida con un delantal blanco, le estaba pasando un peine para desenredarle el pelo, lo hacía de una forma rápida y brusca mientras el peine se trababa en los nudos luchaba para deslizarlo por la cabellera, sin importarle el dolor que causaba ni los mechones que arrancaba. El suplicio no terminaba allí, porque una vez desenredado el pelo, se pasaba un peine más fino para arrastrar y sacar los piojos y liendres que pudiese tener, esta era una medida de higiene a la que eran sometidas las mujeres.

Una vez que terminaron todos los trámites, les avisaron que ya podían subir al barco, entonces buscaron su equipaje, Antonio se puso la pesada valija sobre la espalda, María Luisa con Felice en brazos agarró un bolso y subieron despacio por el puente del embarcadero.

Permanecían en cubierta cuando escucharon l’urlo de la sirena anunciando la partida, un escalofrío le corrió por el cuerpo, y sintió una sensación de vacío, María Luisa miró a su marido y apretó a Felice sobre su pecho mientras el barco se alejaba del puerto, sintió que se desprendía algo profundo de su alma, empezaba una vida distinta. María Luisa se acomodó con su hijo Felice en uno de los camarotes para mujeres y niños, las cuhetas eran pequeñas y había poca ventilación en los dormitorios, a medida que pasaban los días los olores eran cada vez más repugnantes y profundos. Muchos pasajeros se enfermaban de tristeza, algunos con infecciones pulmonares, otros con gastritis; así que la fiebre, vómitos, diarrea, deshidratación, eran muy frecuentes. Algunos casos llegaban hasta la muerte, convirtiéndose el mar en una sepultura ante el llanto de los familiares y la pena de los otros pasajeros.

María Luisa y Antonio durante el día estaban siempre con un grupo de personas que eran de comunas o pueblos vecinos, con algunas de ellas siguieron la amistad en Buenos Aires, entre ellas se ayudaban turnándose para cuidar que no les robaran los pocos elementos personales que tenían. El comedor y la cocina despedían un olor a comida tan especial y penetrante que

María Luisa nunca lo pudo olvidar. “Era como un olor fuerte a salsa de tomate ácida, rancia” decía.

Cuando el barco pasó el Ecuador, comenzó a hacer mucho calor, estaban en el hemisferio sur con una estación distinta, salieron en los últimos días del otoño, y llegarían en los primeros días del verano. A esta altura del viaje, ya habían consumido toda la comida que habían traído de Francavilla, quedaban algunas hojas de menta que su madre le había dado por si tenían problemas de estómago, y también algunas castañas en el fondo de una bolsa, cada vez que María Luisa tomaba una para comer, se le venían a la mente una catarata de imágenes: los nogales y pinos del bosque de Caramola, los días en que iba a recolectar hongos, el olor de las castañas tostándose en el fuego del hogar.

A medida que se acercaban a la Argentina, corrían más rumores sobre la vida y las costumbres allí: “ es fácil encontrar un trabajo, te están esperando con los brazos abiertos...”, “ mi primo ya se pudo construir una casa y tiene un negocio...” “ sobra la comida, no hay hambre.....”, , y así a través de estos comentarios las expectativas cada vez eran más grandes, y la ansiedad por conocer la nueva tierra crecía.

Después de navegar casi un mes, notaron con asombro que el color del agua había cambiado, de azul se había transformado en marrón, habían dejado las aguas saladas del Océano Atlántico y entraban al Rio de La Plata. ¡¡¡Qué color feo... parece agua sucia!!!, pensó María Luisa, y le surgió una gran incógnita ¿ qué encontraré cuando llegue a tierra?, se preguntaba. Cuando les avisaron que faltaban unas horas para llegar, los pasajeros acomodaron sus pertenencias y equipaje, María Luisa se arregló como para presentarse “a la nueva gente” con lo mejor que tenía, se cambió poniéndose una pollera negra, una blusa blanca que por su color radiante se notaba que era nueva, y cambió el pañuelo que siempre llevaba en su cabeza atado hacia la nuca, por otro del mismo color.

El barco arrojó el ancla, se detuvo lejísimos de la costa, como Buenos Aires en esa época no tenía un puerto de aguas profundas, entonces los pasajeros descendían con su equipaje a unas barcas pequeñas que los llevarían al muelle de pasajeros. Antonio ayudó a María Luisa, con Felice en brazos, a subir al vaporcito, y acomodó el equipaje, mientras se acercaban al muelle podían ver el verde de los árboles del Paseo de Julio, a la orilla del río los edificios de la Aduana y de la Casa de Gobierno, y un conjunto de casa que se extendían a través del paseo y que parecían que emergían/ se levantaban del agua, también veía cómo varias carreta tiradas por dos caballos, llevaban mercaderías desde las pequeñas embarcaciones que venían de los barcos de carga hasta la Aduana. Se mantenía concentrada mirando este paisaje nuevo, sin embargo sentía que la embarcación se movía mucho, y veía cómo el agua

salpicaba el equipaje. Los pasajeros estaban inmóviles como si temiesen que con un solo movimiento se pudiese dar vuelta la embarcación, y permanecían en silencio, entonces el encargado les dice: “no tengan miedo, este movimiento no es nada comparado con los días en que sopla “el pampero”, éste hace volar hasta las tejas de las casa que están en la orilla del río.

Rezando llegó a tierra firme, después de terminar con los trámites de entrada al país, los pasajeros empezaron a tomar su rumbo, algunos se iban con parientes que venían a buscarlos, otros mostraban un papel escrito con una dirección a alguien del lugar, para que los orientaran. María Luisa al dejar el muelle de pasajeros vio una fila de tranvías tirados a caballos cuyas ruedas se deslizaban por ferro vías. Como no tenían una dirección cierta a dónde ir, uno de estos transportes los llevaría al Hotel de Inmigrantes “La Rotonda”(hotel para inmigrantes construido por el estado argentino, el que por ley debía dar alojamiento y comida gratuita a los inmigrantes por el término máximo de 15 días ,hasta que encontrasen vivienda y trabajo), que se encontraba a unos 400 metros de allí. Al bajar del tranvía se encontró con una construcción de madera, hexagonal a orillas del río, vio que tenía pocas ventanas, techo de zinc y dos pisos de altura. A pesar del día soleado y del calor, cuando entró al lugar sintió una humedad que le penetraba en los huesos. María Luisa con Felice se acomodó en un dormitorio para mujeres y niños, mientras que Antonio dormía en el de hombres, en los turnos de comedor también se mantenían separados. La hora de las comidas era anunciada por el sonido de una campana, entraba a un comedor con largas mesas de madera con bancos laterales, desde grandes ollas servían la comida caliente, mientras comía observaba a su alrededor rostros con aire de desamparo, con una expresión que iba más allá de la preocupación, compartía el almuerzo y la cena con personas totalmente desconocidas para ella. Sintió por primera vez una profunda sensación de soledad mientras pensaba en su familia y recordaba sus lugares preferidos en Francavilla. Los primeros días fueron de grandes dudas, solo la esperanza en el futuro la mantenía con fuerzas.

Antonio tenía la posible dirección de un paisano, se la había dado un amigo en su pueblo quien le dijo: “ Cuando llegues a Buenos Aires tratá de encontrar a Giuseppe Corso, se fue a Buenos Aires hace 1 años, seguramente él te va a ayudar a encontrar trabajo y lugar para vivir”.

Al día siguiente de la llegada, se asesoraron cómo llegar a esa dirección, podían ir caminando ya que quedaba en el centro de la ciudad, cerca de donde se alojaban. Mientras María Luisa con su marido e hijo se dirigían a la búsqueda de Giuseppe, su mirada chocaba con imágenes totalmente nuevas, veía mucha gente caminando apurada en distintas direcciones, observaba que las mujeres usaban vestidos muy armados llevando grandes sombreros sobre

sus cabezas. Mucho tráfico transitaba por las calles, los sonidos y el murmullo de la ciudad también eran extraños para sus oídos. Todo era distinto, el ruido de los carros andando sobre las calles de adoquines, el sonido metálico y chillón de las cornetas que tocaban los conductores de tranvías avisando que pasaban cuando llegaban a los cruces de calles, y principalmente la música de un idioma que aún no comprendía.

Al llegar a una esquina cercana a la dirección que tenían, encontraron un “almacén”, el dueño era un italiano de Nápoles, mientras Antonio le preguntaba por Giuseppe Corso, María Luisa con un golpe de vista pudo ver la gran variedad de artículos que vendían desde enseres, vajilla, artículos de limpieza hasta comida y bebida.

Con alegría recibieron como respuesta la dirección exacta de este paisano, en la calle Corrientes quedaba a 50 metros, allí se dirigieron. La puerta de la casa estaba abierta, entraron a un largo patio, en toda su extensión se podían ver una hilera de diez puertas que correspondían a distintas habitaciones, cada pieza era alquilada por una familia, o un grupo de 4 o 5 hombres, y todos compartían solo dos baños al final del patio. Se asombró del movimiento que había en esa casa, y observó que al lado de varias de las puertas había un brasero sobre el cual humeaba una cacerola con comida. “Cuánta gente que vive en esta casa” pensaba María Luisa, y se preguntaba mirando cómo las mujeres ponían bastantes trozos de carne en la cacerola “¿qué comida estarán cocinando bajo el alero de ese patio?, el olor era tan distinto al de su cocina.

De pronto vieron a Giuseppe Corso saliendo de su habitación/cuarto, con emoción se unieron con él en un largo y afectuoso abrazo, María Luisa estaba feliz, era como si se hubiese reencontrado con su pueblo, con sus afectos.

Giuseppe les contó que vivía en ese “conventillo” hacía 1 año, alquilando una pieza con tres hombres más, y que estaba trabajando como albañil porque en Buenos Aires se construía muchísimo. María Luisa y Antonio se quedaron más tranquilos cuando este paisano les dió la dirección de una familia de Francavilla, en dónde podrían alquilar una habitación para vivir, y la alegría fue mayor aún cuando les dijo que Antonio podía trabajar con él porque necesitaban brazos para la construcción.

María Luisa y su familia se establecieron en el Barrio de Palermo, en la casa de la familia Cafaro, allí también vivían tres familias francavillesas, cada una alquilaba una habitación, mientras que compartían un único baño y cocina. Ésta era el punto de reunión de las 4 mujeres de la casa, a veces se turnaban para cocinar, otras entre todas hacían la comida para todas las familias. Las mujeres que hacía ya varios meses que estaban en Buenos Aires,

habían incorporado las costumbres y enseñaban a las otras qué productos comprar y cómo prepararlos. Al principio María Luisa no entendía cómo podían comprar y comer tanta carne de vaca, luego aprendió varias recetas, y cocinaba pucheros, guisos de lenteja o de porotos, pero siempre con trozos de carne incorporados, la lista de recetas se completaba con carbonada y asado o bife a la parrilla

Su vida tuvo un gran cambio, pero nunca abandonó las tradiciones de Francavilla, seguía haciendo la pasta, los ajíes rellenos, las berenjenas, y en el verano preparaba las conservas de tomate con el mismo procedimiento que había aprendido en su pueblo.

En los primeros tiempos a María Luisa le costó acostumbrarse a vivir en el barrio de Palermo, un lugar de guapos y malevos quienes en una pelea se batían a cuchillo hasta la muerte. El tango también formaba parte de la vida cotidiana del barrio, un día María Luisa con Felice de la mano caminaba por la calle Bonpland cuando llegó a la esquina no pudo creer lo que estaba viendo, dos “guapos” bailando el tango entre sí haciendo “figuras”, acompañados con la música de un organito, después ella se enteró que era común que dos hombres se agarraran como una pareja para bailar el tango.

Desde que llegaron Antonio comenzó a trabajar como albañil, y con mucho sacrificio pudieron comprarse un terreno en Palermo, en la calle Honduras 5765, inmediatamente comenzaron a construir su casa, cuando tuvo terminado dos ambientes decidieron mudarse y seguir trabajando en su construcción.

Este lugar estaba lleno de naranjos, y en primavera los azahares daban un perfume tan exquisito que hacían soñar, en la tardecita la gente sacaba las sillas afuera de sus casas, a la vereda, para charlar con los vecinos y ver a la gente pasar. A María Luisa le empezó a gustar este lugar rodeado de casas con puertas en forma de arco, y ventanas con rejas de hierro, se acostumbró al olor a polvo del arroyo Maldonado que pasaba a unos metros de su casa, y al que tenía que cruzar a pie por un puentecito bajo de madera para tomar el tranvía que la llevaría al centro de la ciudad, al que veía cada vez como más propio. Allí se dirigía para ver cómo crecía con nuevos edificios, negocios, tiendas, teatros, mientras compraba algunas telas para hacerse un vestido o confeccionar alguna vestimenta que vendería a alguna vecina o vecino. Ya no le llamaba la atención el ver a tantos vendedores ambulantes llevando grandes canastos y ofreciendo para la venta frutas, verduras, carne, ni la tomaba por sorpresa el ruido de la corneta del vendedor de maníes o del lechero a caballo.

Si bien se había adaptado a esta nueva vida, muchas veces tenía sentimientos contradictorios, en algunos momentos sentía una gran alegría por todo lo que habían podido lograr, en otros sentía mucha nostalgia mientras

pensaba en sus familiares de Francavilla, principalmente durante la Navidad, y en el día de su cumpleaños. La sensación de la pertenencia a dos lugares, en donde siempre falta una parte para estar completa, estuvo presente durante toda su vida.

María Luisa era feliz en su casa, por la tarde cosía y bordaba, y también preparaba los orecchietti y las pasta al fierro mientras amasaba cantaba esta canzonetta: “Teng nu fame nu sete nu sonno, na debolessa che va, ma se passase mi amante per torno, mi passa la fame, la sete, lu sonno”, Felice con una sonrisa la escuchaba mientras hacía la tarea del colegio. Alrededor de las 5 de la tarde, cuando el ambiente se inundaba con el olor a jazmines y a hierbas, y comenzaba a escucharse la música de algún organito que se paraba a tocar en alguna esquina, María Luisa se reunía con otras mujeres, generalmente italianas, para ayudar a la gente más carenciada del barrio. Esta faceta solidaria era nueva en ella, había formado una pequeña sociedad de asistencia. Muchas veces, ante el asombro de Antonio, ella iba con un grupo de mujeres a ver a algún diputado o concejal pidiendo por la asistencia de algunas personas, o solicitando la realización de alguna obra edilicia para mejorar el barrio. En una visita a un diputado pidiendo por la ayuda a unas mujeres que estaban enfermas, éste le recomienda que vaya a ver a la Dra. Irma Vertúa que trabajaba en el pabellón de mujeres del hospital Alvear, y así conoce a Irma, una inmigrante italiana nacida en Alessandria, que cosa rara para la época, fue una de las primeras mujeres en recibirse de médica en Buenos Aires. Como consecuencia de este encuentro María Luisa pudo presenciar el Primer Congreso Femenino Internacional, organizado en Buenos Aires por Irma y por Julieta Lanari, otra inmigrante italiana que era médica y farmacéutica.

María Luisa y Antonio siempre estuvieron en contacto con los paisanos que vivían en Buenos Aires, todos los sábados y domingos, por la tarde, se reunían con ellos y mientras tomaban mate en el patio sentados bajo la sombra de la parra compartían todas las noticias que les habían llegado del pueblo. Mientras charlaban intensamente, en toda la casa se escuchaba sonar un fonógrafo con la música de la ópera “Il Trovatore” de Verdi, a la familia le gustaba escuchar música de ópera, principalmente a su hijo Felice quien siempre escuchaba Radio Nacional con las transmisiones en directo de las óperas desde el Teatro Colón.

En esos días de reunión, cuando llegaba la tardecita y después de transmitirse todas las novedades que habían llegado de Francavilla, los hombres se dirigían al “Café Maldonado”, o al café “La Paloma” que quedaban muy cerca de la casa de Antonio. Allí jugaban a las cartas, y a veces escuchaban tango, mientras bebían “sangría” que era un refresco preparado

con vino, agua y azúcar, o naranjada al que le agregaban un vasito de “caña” .En estos “Cafés” a veces comían una “picada”: queso, salame, maníes y jamón acompañado con pan, en las mesas se observaba cómo los hombres cortaban el pan, así sabían de dónde eran, por costumbre los argentinos cortaban la horma de pan con las manos, en cambio los italiano la llevaban hasta el pecho y presionándola contra éste la cortaban con cuchillo de afuera hacia adentro. Antonio tenía un amigo inseparable que lo acompañaba a todas partes, principalmente al bar, este personaje era un gallo que él había criado en su casa. Esta mascota, tan particular a la cual llamaban “Toscano”, se comportaba como si fuese un perro obedeciendo órdenes y siguiéndolo a todas partes.

Un día llegó una carta desde Francavilla, la enviaba Maria Luigia Perretta, una hermana menor de Antonio, en ella decía que ya tenía el pasaje para emigrar a New York. María Luigia Fittipaldi siempre recordaba lo mal que se había puesto Antonio ese día al saber que su hermana se iba a New York en vez de venir a Buenos Aires. Por algún tiempo dejaron de comunicarse con esta hermana, sin embargo Antonio era a la que más recordaba. Al vivir Maria Luigia Perretta en Estados Unidos, en la familia se generó un mito que desconozco cómo se creó, éste giraba entorno al parentesco que creían tener con el actor Edward G. Robinson, famoso por su actuación como gangster italiano en películas americanas, y también con James Cagney, importante actor nacido en New York.. Mis tíos abuelos (hijos de Antonio y Maria Luigia), principalmente Juan, decían que eran parientes de ellos. Yo nunca lo pude comprobar, sin embargo, ellos estaban convencidos, y este mito perduró.

Antonio cuestionó la decisión de su hermana, porque él, a medida que el tiempo transcurría iba progresando en su trabajo como constructor. Se había convertido en la persona de confianza y en la mano derecha de un importante Ingeniero Civil que hacía grandes obras en Buenos Aires, construyó los dos cines que tuvo Palermo, con un diseño y una arquitectura de avanzada, y el edificio de “La Algodonera Textil”.

También la familia fue creciendo, María Luisa tuvo 4 hijos más que nacieron en Argentina, María, Juan, Josefa y Chiche, siempre les hablaba sobre su familia de Francavilla, y les contaba historias detalladas sobre su pueblo. Estos minuciosos relatos pasaron a sus nietos, quienes desde chicos escucharon a su abuela contando esas historias del pueblo. Quizás María Luisa reiteraba las historias para no dejar morir sus recuerdos, era la forma de tenerlos siempre presentes y transmitirlos a sus descendientes para que en ellos se mantuvieran vivos .La canzonetta cuya estrofa siempre cantaba María Luisa con alegría, y muchas veces batiendo las palmas, “teng nu fame nu sete

nu sonno.....”, la siguieron cantando sus nietos. Mi madre, María Esther Perretta, me la cantaba desde que yo era chica, la incorporé como tantas otras cosas que me fue transmitiendo: palabras en dialecto, refranes, comidas, que una las va incorporando como propias.

Hace unos años, cuando quise saber el origen o la procedencia exacta de esta canzonetta, mis tíos y mi madre me dijeron : “la cantaba siempre mi abuela María Luisa, es una canción italiana, que viene de Francavilla”. Continuando con mi curiosidad pregunté por esta canzonetta, cantándosela a varios francavilleses que viven en Buenos Aires, cada uno me respondió: “no conozco esta canzonetta, no te puedo dar ni una pista, nunca la escuché cantar”. No me di por vencida, siguiendo con mi curiosidad comencé a preguntar a varios amigos de otras comunas de la Basilicata que tienen asociaciones en Buenos Aires, y a los que veo por lo menos una vez al mes, gente de Picerno, Vicianello, Sant’Arcangelo, Pietragalla, Barile, Ripacandida, Senise, Pescopagano, etc., me cansé de escuchar un “no la conozco” como respuesta. Hace dos años viajé por primera vez a Francavilla, no conocía a mis parientes, pero llevaba todo para encontrarlos, los datos familiares de mi abuelo, de mi abuela y de sus respectivos padres. Mis amigos Anna Laruina y Gianni Lanza me ayudaron en la búsqueda, preguntando a la gente del pueblo, y descifrando los libros del registro, en un momento y con una gran emoción grité: ¡¡¡¡los encontré!!!, por fin esos nombres ahora tendrían también un rostro . Primero me llevaron a conocer a mi prima Carmelina De Biase, nos saludamos con mucho cariño y con sensación de asombro. Ella me llevó a conocer a su madre María Mainieri, prima segunda de mi mamá, que vive en la Bruscata, en el mismo lugar donde vivieron María Luisa y Antonio, después de 115 años una descendiente de ellos volvía a ver a la familia, pisaba la misma tierra que ellos habían dejado, e iba a comer castañas del mismo árbol que había dado esas castañas que María Luisa llevó en el viaje a la Argentina.

Cuando nos vimos con María no podíamos creer lo que estábamos viviendo, fue una de las sensaciones más lindas de mi vida, era algo casi imposible que se había vuelto realidad, mi presencia allí era como algo mágico.

Esa noche, mientras estábamos cenando en la casa de La Bruscata, en un momento se me cruza por la mente la canzonetta que cantaba María Luisa, entonces le pregunto a María que estaba sentada frente a mí, : “María, ¿conocés esta canción? ”, y comienzo a cantársela: “Teng nu fama nu sete nu sonno” y ella, ante mi asombro, inmediatamente continúa la canzonettaz : “na devoleza che va decadendo” y seguimos cantando juntas: “ ma si pasasse mi amante pur torno, passa la fame, la sete lu sonno”. Cuando terminamos con el

último verso, le pregunté cómo la sabía, y me contó que su madre Filomena Perretta, siempre la cantaba, principalmente cuando iba a trabajar al campo. Evidentemente era una canción conocida y entonada por la familia Perretta en la Bruscata, por eso a María Luisa le gustaba cantarla.

A la mañana siguiente quise darle una sorpresa a mi mamá, la llamé por teléfono a Buenos Aires para contarle la experiencia maravillosa de este encuentro, y le dije que alguien quería hablarle, entonces le pedí a María que le cantase esa “filastrocca”; a mi madre la emocionó mucho poder escucharla, venía desde el lugar de origen.....

El encuentro anhelado de una familia que sabemos que existe al otro lado del Océano siempre nos genera la impresión de que estamos uniendo partes de un objeto para poder volver a verlo entero. La placentera sensación en estas situaciones se asemeja a la emoción que sentimos cuando dormimos y tenemos un sueño en que vemos nuestra casa por dentro tal cual como es realmente, pero de pronto vemos una puerta que no existía, la abrimos y sorprendidos nos encontramos con un gran living que nunca habíamos usado porque no sabíamos que nuestra casa lo tenía, pero que siempre estuvo allí.

María Luisa y Antonio refundaron su familia en Buenos Aires, pero sin saberlo desde allí trazaron un camino a sus raíces, a su pueblo, con una huella tan clara y profunda que a pesar de los años transcurridos una bisnieta de ellos lo pudo seguir, descubriendo al final de este camino el principio de su historia familiar, muchos amigos que siempre esperan que ella regrese a Francavilla, y encontrándose con.... el canto de la filastrocca de la Bruscata.